

**José Amícola y José Luis de Diego (directores), *La teoría literaria hoy. Conceptos, enfoques, debates*
La Plata, Ediciones Al Margen, Colección “Textos Básicos”, 2008, 324 páginas.¹**

Flor de invernadero universitario (no germina ni tampoco muere fuera de los claustros), la teoría literaria en Argentina lucha contra los estigmas de su propio origen disciplinario, y agrega las máculas, las heridas y los destrozos que la política ha dejado en su corta historia. Porque tal vez no haya otro discurso literario que se conecte tan estrechamente con la dimensión política de las ideas y las prácticas sociales que esta recién venida a la historia de la literatura. Para sostener semejante aserto basta apenas con echar una ojeada a su propia evolución, interrumpida totalitariamente desde sus inicios por los regímenes políticos: es obvio que pienso en el inaugural tramo esclavo de la disciplina, el formalismo ruso y el estructuralismo checo, pero también en el obligado paréntesis que sufrió en Argentina de la última dictadura militar entre 1976 y 1983. La teoría literaria (como cualquier teoría artística) toca los territorios más generales o genéricos con los que una cultura piensa y procesa las relaciones entre arte, sociedad y prácticas políticas, por lo que logra que los intersticios del conjunto muestren la totalidad de las fallas, las incongruencias, y las debilidades ideológicas, todas ellas fruto de las concepciones que el poder logra asentar como convencimiento. Y no se crea que la interrupción, la persecución o la ausencia no dejan huellas institucionales: el vacío de ideas teóricas y la desertificación de la cultura (esta es una frase de Germán García²) impuestos por lo peor de la historia política argentina provocó una proliferación y hasta una hipertrofia de la teoría literaria en los planes de estudio universitarios posteriores a 1983. Ejercicio de compensación histórica: un vacío era llenado entusiastamente por una voluntad política reparadora, lo que explica que aún hoy (esa abierta contemporaneidad del “hoy” del título que presentamos), y pérdida ya la euforia teórica en los centros universitarios dominantes, la teoría literaria siga insistiendo con fervor bastante exagerado “aún hoy” en los planes de estudio de nuestro país. La teoría literaria debe a la pedagogía la principal razón de su existencia, y hasta la posibilidad nada inimaginable de su desaparición.

El “hoy” del título (*La teoría literaria hoy. Conceptos, enfoques, debates*) y el contenido del libro que han dirigido José Amícola y José Luis de Diego no responden exactamente a la pregunta que intentamos formularle ahora. Una pregunta que algún amante del rigor epistemológico objetivo, del poder y de la sumisión podría expresar en términos un tanto melancólicos (aclaro: no es mi caso): “¿Qué se ha hecho hoy de la teoría literaria?”. Pero sin plantear esta pregunta, el libro de Amícola-de Diego muestra con ejemplar claridad tres cuestiones relacionadas con una esencial transformación sufrida en el modo en que hoy (y aquí, en este preciso lugar, aquí y ahora) concebimos la teoría literaria.

La primera es la historia misma de la disciplina que no se aborda como si pudiese constituir una totalidad discursiva, sino como historias localizadas en cada una de las “entradas” o “artículos” que conforman el libro. Cada “concepto”, cada “enfoque” y cada “debate” particular no se despliegan en el horizonte ideal de una totalidad teórica supuesta, sino que adquieren su inteligibilidad a partir de una historia a la vez heterogénea y concreta. Todos los capítulos son en este sentido respuestas históricas precisas que van tejiendo explicaciones sobre la cuestión virtual o al estado de la cuestión, al estado de la teoría literaria hoy. Esto es, a sus alcances, posibilidades, confianzas y desconfianzas respecto de su acción cognoscitiva, de sus enclaves institucionales y de sus dimensiones políticas. Totalmente histórico, este libro, sin proponerse escribir una historia de la teoría literaria en Argentina, localiza la emergencia y la transformación de las concepciones teóricas que se conciben como intrínsecamente relacionadas con contextos en constante mutación.

La segunda cuestión se relaciona con un modo de concebir la teoría como algo muy actual, y a la vez como fruto de un encadenamiento histórico, esto es, la particular configuración que la cultura argentina le ha impreso, por más que muchas veces parezca orientada hacia problemáticas globales o hacia desarrollos europeos y norteamericanos. Y si hablar con mayúsculas y en singular de “una” teoría literaria siempre ha sido una ilusión, no es hoy es menos ilusorio exponer las ideas teóricas generales fuera de problemas concretos. Es lo que hace *La teoría literaria hoy* cuando expone la reflexión teórica

¹ El texto de Jorge Panesi fue leído como presentación del libro dirigido por José Amícola y José Luis de Diego, durante el transcurso del *III Congreso Internacional. Transformaciones culturales. Debates de la teoría, la crítica y la lingüística*, en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, 4 de agosto de 2008.

² Germán García, “Prólogo. Oscar Masotta a pie de página”, en Oscar Masotta, *Introducción a la lectura de Jacques Lacan*, Buenos Aires, Eterna Cadencia, 2008.

haciéndola emerger de solicitaciones específicas que provienen tanto de los cambios en la esfera cultural, tecnológica o de la estructura social, como de su correlato con las variaciones propias que la producción, la distribución y la recepción literarias han experimentado. La perspectiva del libro elige entonces situarse preferentemente en la práctica crítica, la práctica crítica argentina y latinoamericana.

El tercer aspecto del libro, y en consonancia con lo anterior, reside en ese sesgo argentino y latinoamericano, palpable no sólo en la didáctica de los ejemplos utilizados, sino en su arquitectura, en la aparición de las “entradas”, y en los relieves selectivos con que se han unido o separado los materiales. Quien quisiese buscar una unidad secreta en el despliegue de los capítulos, seguramente la encontrará en la historia de la crítica argentina y en el modo (a veces aleatorio o azaroso) con que se han difundido, incorporado y apropiado en nuestro país los conceptos teóricos. Por ejemplo, si el formalismo ruso se une al estructuralismo checo en un solo capítulo (a cargo de Miriam Chiani), y las razones son inobjetables, en cambio ¿por qué el concepto de “campo”, una parte muy conocida de la sociología de Pierre Bourdieu, merece un capítulo entero? Porque es un concepto dominante para los estudios literarios argentinos, sería la probable respuesta. La impecable y sagaz exposición de Sergio Pastormerlo, además de ligar contundentemente el concepto de “campo” con el primitivo intento de sociología específica de la literatura que llevó a cabo Boris Eijenbaum, va más allá de un mero resumen teórico, porque realiza milimétricas precisiones críticas sobre un concepto y un pensamiento adoptados en forma casi unánime y cómodamente mecánica en la crítica argentina de los veinte últimos años. Lo que sí valdría la pena pensar es la función de Bourdieu en un pasaje indubitable, en una transición si se quiere, desde la crítica literaria que entiende su objeto como específico o autónomo, hacia una integración (y hasta una dispersión) de lo literario con el campo cultural, vale decir, con las referencias que insisten una y otra vez en varios capítulos del libro y que responden al nombre de “Estudios Culturales”. Que estos últimos son una revulsión, un límite incómodo y una frontera problemática para la teoría literaria parece quedar reconocido por los directores desde el prólogo: “En cuanto a los así llamados ‘Estudios Culturales’, después de no pocas vacilaciones, decidimos no incluir un apartado con ese título porque entendimos que su presencia se encontraba dispersa [en otros artículos]” (p. 9).

Como se ve, no son los autores, y ni siquiera la totalidad de sus cuerpos teóricos lo que el libro subraya, sino la operatividad y eficacia de algunos de sus conceptos, como ocurre con Bajtin en el capítulo de Graciela Goldchluk que destaca el concepto de “géneros discursivos”, allí donde la *doxa* tradicional de los manuales esperaba un capítulo sobre los géneros literarios. Es evidente que los “géneros discursivos” de Bajtin también han servido a la crítica argentina (junto a Pierre Bourdieu) para pensar la relación entre la literatura y las distintas esferas culturales.

Es esta perspectiva latinoamericana o argentina la que hizo desaparecer de la expectativa rutinaria del lector el consabido capítulo sobre el “Estructuralismo” para subsumirlo en otros (en “Formalismo ruso-Estructuralismo checo”, en “Postestructuralismo” y en “Semiótica”). Una perspectiva que está en consonancia con lo que pensaba Foucault acerca del estructuralismo: una continuación del verdadero cambio teórico del siglo XX, el formalismo, interrumpido, silenciado y postergado por la tenaza de los regímenes políticos opuestos a las vanguardias. Desde luego, no se trata de negar el influjo que ha tenido el estructuralismo en la teoría literaria contemporánea, sino de calibrar su peso relativo y su capacidad para iluminar los problemas que la crítica argentina se ha planteado. Es lo que explica tanto la fusión del estructuralismo dentro de otras exposiciones teóricas, como la persistencia del tópico “Literatura y psicoanálisis” (Isabel Suppé): se trata de la persistencia cultural del psicoanálisis y su abrumadora difusión, pero también del predicamento de algunas obras de crítica literaria que han sido extraordinarias reescrituras del discurso psicoanalítico (como la producción entera de Nicolás Rosa o algunos textos de Josefina Ludmer).

Si el lector esperara una discusión canónica (porque también hay un heterogéneo canon en la teoría literaria), esta giraría, sin dudas, en torno a la cuestión del autor, una cuestión que desaparece y reaparece con regularidad en los distintos vocabularios teóricos. Amícola y de Diego han decidido abordarla a través de un giro antiesencialista. No es el autor, sino la “Imagen de escritor” (el título de otro capítulo a cargo de Julia Romero) lo que interesa a la perspectiva crítica argentina, según se desprende de varias investigaciones que han adoptado esta noción precisada y desarrollada por María Teresa Gramuglio. El giro explica entonces que se prefiera privilegiar el otro polo, el de la recepción que pone a prueba la estabilidad aparentemente inamovible del texto y sus sentidos (tal como ocurre en el artículo “Recepción” de Adrián Ferrero). *La teoría literaria hoy* rinde así cuenta de esta desestabilización que se amplía hacia la teoría literaria a partir del “Postestructuralismo”, del cual de un modo u otro somos herederos, continuadores o víctimas insospechadas, si aceptamos que se ha producido el “colapso de la teoría” que registra Isabel Quintana en el correspondiente capítulo. Un colapso del cual esta Introducción

de Amícola y de Diego se hace cargo sin estridencias ni dramatismos, exhibiéndolo, indagándolo, y también mostrando los umbrales del futuro de la teoría.

Lo que algunos llaman la Post-teoría, la disolución de la teoría o su colapso, tendría más que ver con la visión triunfante, imperial, colonialista y totalitaria gestada hacia fines de 1970 y comienzos de la década del 80. Esta visión imperial que traza la “época” o la “edad” de la teoría ya comenzaba a resquebrajarse en esos años, en el propio discurso del “capo di tutti capi” deconstructivo (al decir de Lentricchia), Paul de Man, cuando en su celebrado artículo “La resistencia a la teoría” muestra cómo la principal resistencia viene desde el interior de la teoría misma. Pero no solamente. En el capítulo “Literatura y cine” José Miguel Onaindia y Fernando Madedo, luego de un preámbulo teórico que desarrolla el tema de la “transposición” entre discursos, deciden pasar al análisis histórico y a los ejemplos concretos, lo hacen con una fórmula aparentemente neutra: “Pero dejemos de lado las preocupaciones teóricas y veamos cuáles han sido a lo largo de la historia estas formas y mecanismos de relación entre el cine y la literatura en el caso argentino” (pp. 201-202). ¿No sería esta la impaciencia que el lector común (y aun el especialista en temas artísticos) siente frente a la teoría literaria, que le impediría con sus rodeos problemáticos y con sus mediaciones ir directamente hacia la cosa misma? Esta fatiga que relega la teoría a un papel ancilar o de obrera silenciosa no es por cierto la posición del libro en su conjunto: ni hipertrofia teórica que gira en el vacío ni tampoco la laxitud diletante; muy por el contrario, lo que importa es la relevancia de cuanto las ideas teóricas producen en contacto con las investigaciones que tienen como objeto la literatura o la cultura. La visión del libro es como ha dicho José Luis de Diego en el diario *El ciudadano* (30-6-08) “una teoría literaria situada”.

Sería fácil y obvio demostrar (y en parte este libro podría formar parte de la demostración) que hay en la literatura argentina una fuerte línea social y política que la recorre desde sus inicios. Esta preocupación teórica, política y cultural es la misma que hallamos en la herencia de *Contorno* que nos ha marcado una manera consonante de utilizar la teoría literaria. Sería el matiz social y sociológico de la crítica argentina presente en el capítulo “Canon” de Malena Boto: “[...] son las instituciones las que garantizan el poder de imposición y la conservación de canon, así como la autoridad de los individuos que lo proponen” (p. 122).

Por lo tanto, y de acuerdo con esta posición, la idea de canon defendida aquí es contraria a la exitosa mirada que han difundido Harold Bloom y George Steiner. El canon no es un deportivo *ranking* de supremas individualidades —como parece creer Bloom—, sino una serie inestable de tensiones y contradicciones de orden cultural y social, que *La teoría literaria hoy* exhibe, por ejemplo, en los capítulos 2 y 3, “Realismos” (de Fabio Espósito) y “Vanguardias” (de Enrique Foffani), y cuyos plurales (junto a los “Clasicismos” estudiados por Claudia Fernández) son indicativos de la complejidad teórica e histórica con que este trabajo ha decidido dotar a sus “entradas”. Y también de la complejidad que vanguardia y realismo tienen en las discusiones literarias y teóricas en Argentina y Latinoamérica. Una complejidad que Foffani encuentra en Mariátegui: “El pensador peruano había conseguido dilucidar lo que la teoría literaria contemporánea puso, muchas décadas después, en el centro del análisis de las vanguardias históricas” (p. 47).

Sin plurales, aunque pudo haberlos llevado, el artículo de José Luis de Diego, “Marxismo”, que en la *dispositio* sigue, y por lo tanto, se opone a “Formalismo” (según la clave que nos proporcionan los dos autores en el prólogo), es central para entender los enfoques que en todo el libro dan por supuestos los antiguos debates marxistas, y que también pueblan las posiciones “culturalistas” actuales. Los tres “momentos” con que de Diego aclara el barullo del marxismo argentino en relación con la literatura se sintetizan con un subrayado: la importancia que han tenido para la izquierda argentina, para de Diego (y para este libro también) las revistas literarias. En efecto: el interés con que últimamente los críticos estudian las revistas como enclaves culturales y redes de relaciones móviles, la continua aparición en el mercado de ediciones facsimilares de antiguas revistas, y el interés que tienen para la historia de las ideas justifican la novedosa inclusión de un capítulo dedicado a ellas (Roxana Patiño).

Habría dos entradas “bisagra” que continúan ciertos aspectos o debates pasados (vanguardia, estructuralismo) y que abren una perspectiva todavía indeterminada. Me refiero a “Posvanguardias” de Susana Rosano y al ya citado “Postestructuralismo”. Lo que han abierto en la literatura argentina y latinoamericana lo encontraremos en la entrada “Neobarroco”, cuya importancia para esta “teoría literaria situada” no podría degradarse ni tampoco objetarse. Pero el libro parece ir más allá, no solamente trazando lo discutido y afianzado en el “Género (*Gender*)” que expone Mónica Cohendoz en el penúltimo capítulo, sino apostando hacia una dirección todavía imprecisa. Si la historia localizada de los conceptos es la fuerza consciente del libro y su rasgo aglutinador, hay hacia las entradas finales, en “Androginia” de Mariano García, y particularmente en la que cierra el libro, la de José Amícola que se llama “Camp”, el trazado o el esfumado de ciertas líneas que se repiten y se insinúan como continuación de la historia. Una

historia que pasa, según refiere Amícola, por Copi, Perlongher, Sarduy, Puig y Aira, y que tiene una estrategia, la estrategia del *camp*. Y esta dimensión del futuro es la que cierra el libro. Es una apuesta por una futura evolución que José Amícola sintetiza así: “Es [...] a partir de la estrategia del *camp* donde puede verse asomar, en mi opinión, un nuevo derrotero en la evolución literaria latinoamericana” (p. 290).

Sería un error llamar a este libro “un manual de Teoría Literaria” porque hoy es imposible escribir algo así. Sobre todo debido a la apertura casi ilimitada de sus tópicos y problemas que, además de desdibujarla como disciplina específica, impiden la condensación narrativa y la síntesis de conceptos, implícitas en la idea misma de “manual”. Pero tampoco sus autores han querido compilar un glosario de los términos o la jerga más frecuente que se utiliza en las investigaciones, presentaciones, discusiones e intercambios acerca de la literatura. Como afirman Amícola y de Diego en el prólogo, aspiran a “producir un texto ‘de referencia’ que sea, a la vez, un instrumento pedagógico para quienes se inician en el estudio de la literatura y de la teoría literaria y una suerte de ‘estado de la cuestión’” (p. 2).

La apuesta es por la utilidad y por dos tipos de lectores a quienes el libro puede resultarles útil: al alumno recién iniciado al estudio de la literatura, pero también a todo aquél que quiera repasar los debates y los estados de la teoría. Por ejemplo, a los profesores o investigadores en que esos alumnos se habrán de convertir. Los primeros tendrán en cada artículo remisiones que prometen una trayectoria semejante a la lectura de *Rayuela* y también un “Glosario” final que le aclarará términos usados corrientemente por la disciplina; los segundos podrán intentar otros recorridos, urdir otros vocabularios, imaginar otros programas. La convivencia receptora de los dos sujetos extremos de la pedagogía no debería extrañar: las obras de referencia son por naturaleza las más igualitarias, las más democráticas, pues convocan e instruyen a maestros y a alumnos por igual.

Un libro alcanza su destino si se vuelve necesario. Creo que este lo es: necesario porque no existe en la Argentina una introducción confiable y abierta que problematice el campo que al mismo tiempo esclarece. No teníamos conciencia de la necesidad de contar con un útil semejante, y no sería poca cosa que *La teoría literaria hoy* cree por sí misma esa conciencia y esa necesidad.

Jorge Panesi